

GUERRILLAS

MITOS DE LA CREACIÓN

En otras épocas, las zonas inexploradas del mundo se dejaban en blanco en los mapas; los cartógrafos escribían las palabras *TERRA INCOGNITA* para designarlas. A menudo, eran zonas pobladas que simplemente no habían sido exploradas todavía por los cartógrafos de las potencias coloniales y, en consecuencia, seguían siendo oficialmente «tierras desconocidas».

Más tarde, cuando estas tierras fueron inspeccionadas y cayeron bajo el poder de los imperios europeos en expansión, se rellenaron los espacios en blanco y se superpusieron las nuevas fronteras coloniales sobre los antiguos territorios tribales y los reinos nativos.

Los mapas han reflejado siempre la vanidad de los conquistadores a lo largo de la historia, y la situación no es distinta en el presente. Actualmente, los territorios habitados por los guerrilleros que luchan por hacer realidad su visión de la vida no están todavía incluidos en las páginas de los atlas políticos modernos. Sus fronteras, si es que están delineadas, aparecen solamente en los mapas militares utilizados por ellos mismos y por sus enemigos. Las fronteras cambiantes que reflejan estos mapas son extraoficiales, incluso secretas, y claramente imprecisas. Y, sin embargo, representan una realidad más verdadera que aquellos mapas que muestran los países, las provincias y las fronteras nacionales de los Estados nación oficiales.

En todo el mundo existen paisajes interiores percibidos únicamente por los guerrilleros y sus partidarios. Acontecimientos infinitamente extraordinarios y memorables para ellos —algunos horribles, otros sublimes— han ocurrido en el espacio poblado por árboles y zarzas que ellos llaman

«hogar». Muchas cosas sucedieron en esas áreas cubiertas de vegetación donde una vez hubo asentamientos humanos. Aquí tuvo lugar una batalla, allí murió un héroe guerrillero..., se tendió una emboscada a una columna enemiga..., se derribó un helicóptero... Los lugares de las masacres están dignificados por su soledad, sus silencios únicamente son interrumpidos por una cigarra ronca y estridente o por el susurro de los pájaros. Ahora, los árboles frondosos y las enredaderas se han apoderado de los escombros donde una vez se alzaron casas, donde una iglesia acogía a los fieles para rezar; los muertos yacen debajo, invisibles.

Son lugares con la atmósfera inquietante de un terreno sagrado; en ellos, los guerrilleros andan con sigilo, hablando con voz queda. Para ellos, esos lugares son la prueba terrible de la naturaleza del enemigo, y también un recordatorio del precio que los inocentes tuvieron que pagar como consecuencia de su propia presencia.

Los dioses y los fantasmas de la guerra, sus héroes y villanos, y sus momentos de audacia y de derrota —todos los momentos trascendentales que constituyen la historia de una guerra— son invisibles para los intrusos, pero habitan la tierra en el corazón y la mente de los guerrilleros y sus partidarios.

Algún día, si toman el poder, habrá placas y estatuas erigidas en honor de ese panteón fantasmal; habrá monumentos en los lugares donde se derramó la sangre, a los que se podrá ir en homenaje para depositar una corona de flores y tratar de imaginar lo que allí sucedió. Pero, por ahora, esta historia viva está todavía forjándose en el derramamiento de sangre y sólo puede conmemorarse de forma oral, con los recuerdos contados una y otra vez, transmitidos a los más jóvenes. Este folclore, este paisaje interior de la guerra, seguirá existiendo mientras haya guerrilleros con vida para recordar y contar una vez más lo que antaño sucedió. Finalmente, las historias se convertirán en mito.

Todos los guerrilleros tienen sus mitos de la creación. Para justificar el hecho de matar a otros seres humanos, los

hombres mitifican los orígenes de sus conflictos y, según se desarrollan las guerras, así lo hacen también los relatos de lo que en ellas ocurre. Para los guerrilleros, este folclore satisface la necesidad de inmortalizar sus acciones, de asegurar que lo que se está contando es su versión de la historia, pues temen que, al vivir como fugitivos, sigan siendo eternamente invisibles para el mundo más allá del campo de batalla donde luchan y mueren. Como quien busca en la superficie del agua su propio reflejo, también los guerrilleros tienen necesidad de contemplarse, de asegurarse su propio lugar en el tiempo.

En lo profundo de la inmensidad del desierto del Sáhara, un grupo de guerrilleros ha perpetuado uno de los mitos de la creación más inusuales: afirman que su estéril desierto alberga nada menos que una república soberana, y que ellos mismos son su Gobierno y sus ciudadanos.

El muro serpentea en diagonal a lo largo de una cresta desierta durante algo más de medio kilómetro. Desde el foso de un francotirador y con el siroco levantándose en el calor de la mañana ya avanzada, sólo es visible como una línea blanca desigual contra el color pardo de las dunas. Por la manera en que brilla y reverbera, el muro casi podría ser un espejismo, como esos lagos plateados que llaman la atención con insistencia, para desvanecerse cuando uno se aproxima a ellos.

Ésta es la primera línea en la guerra por el Sáhara Occidental, antigua colonia española en el noroeste de África. Durante casi dos décadas, el pueblo saharauí ha librado una guerra de guerrillas contra las tropas de ocupación del rey Hasán II de Marruecos. Fue él quien construyó ese muro fortificado de más de 2500 kilómetros de longitud alrededor de los dos tercios del territorio. Cortando de forma implacable el yermo desierto, el muro ha transformado la situación en uno de los conflictos más extraños del mundo.

Al igual que el muro, la guerra misma surge amenazante como un tornado en el horizonte, nunca completamente al

alcance; tal vez esto sea apropiado en un desierto sin puntos de referencia evidentes ni muchos signos de ocupación humana. Aquí, los desteñidos muros amarillos de una fortaleza colonial española; allí, la tienda de mantas de colores de un nómada, y nada más, sólo arena y firmamento, interminables. No hay árboles, salvo los pequeños y espinosos ejdari, cuya corteza es buena para curar la piel de las cabras, y el atil, que los nómadas usan para limpiarse los dientes. No hay carreteras, sólo las rodadas que dejan los todoterrenos de los guerrilleros. Pero incluso éstas son temporales; desaparecen con el viento, como las dunas, que cambian según las estaciones.

En ocasiones, el viento se para y la atmósfera del desierto se nota cargada y caliente. Otras veces, el viento sopla, cálido y pesado, cambiando la forma de la tierra. En invierno, cuando la niebla húmeda del Atlántico cubre la tierra y la vuelve verde para los rebaños de camellos y cabras de los nómadas, se forman charcas de lluvia. No son espejismos, sino lagunas reales, nacidas de repente en las depresiones del desierto; rebosan de agua de lluvia para llenar las pieles de cabra. Pero puede soplar un siroco que en pocas horas hace desaparecer estas lagunas; donde el agua ondeaba y danzaba, está de nuevo, una vez más, sólo el ardiente desierto. Entonces vuelven los lagos del espejismo, titilando en la distancia, como azogue.

Cuando el dictador español Francisco Franco estaba delirando en su lecho de muerte a finales de 1975, cedió la colonia del Sáhara español, rica en fosfatos, a Marruecos y Mauritania, traicionando así las esperanzas de los nacionalistas saharauis, que anhelaban un Estado independiente. La retirada de España coincidió con una demostración de fuerza por parte del rey Hasán II de Marruecos, que llevó a 350 000 súbditos hasta la colonia en un enorme ejercicio de relaciones públicas llamado la Marcha Verde. Presentada como una manifestación espontánea del pueblo marroquí para recuperar una parte perdida de la «gran patria marroquí», la Marcha Verde fue en realidad una clara pantomima de Hasán para anexionarse

el territorio, lo que llevó a cabo mediante el envío de tropas del Ejército que ocuparon ciudades clave y aplastaron a la oposición local.

Cuando los soldados de Hasán intervinieron, se enfrentaron con guerrilleros pertenecientes al recién creado movimiento de independencia saharauí, el Frente Popular para la Liberación de Saguia el-Hamra y Río de Oro, o Frente Polisario. Formado en 1973 para poner fin al dominio colonial español, el Polisario actuaba clandestinamente en el territorio al tiempo que preparaba a sus cuadros en la vecina Argelia. Ejercía poco control sobre la población nativa saharauí, que en aquel tiempo estaba por debajo de las 100 000 personas, la mayoría hombres de tribus seminómadas o comerciantes estables que vivían en un puñado de ciudades abrasadas por el sol. Después, sin embargo, las guerrillas del Polisario se tuvieron que alzar para responder a los movimientos expansionistas de Marruecos, haciéndose con algunos poblados desde donde podrían resistir al enemigo.

Pero no salió bien. Tras varios meses de combates, con una valerosa defensa en varios frentes, el Polisario finalmente se retiró. Bajo duros bombardeos desde el aire y ante el ataque sostenido de tropas de tierra marroquíes y mauritanas, sus guerrilleros se retiraron a bases seguras al otro lado de la frontera argelina, llevándose con ellos a numerosos civiles saharauis.

Mulay era un chico saharauí de quince años cuando su ambicioso padre añadió dos años a su edad real y lo alistó en la fuerza de la policía colonial. Era una de las pocas profesiones asequibles para los saharauis que ofrecía un empleo seguro y un salario fijo. Pero el trabajo de Mulay duró apenas tres años porque, poco después de alistarse, los españoles anunciaron su intención de retirarse de la colonia. En la época de la retirada, Mulay se había hecho nacionalista, miembro secreto del clandestino Frente Polisario.

—Solía repartir las octavillas del Polisario cuando hacía mis rondas —dice Mulay riéndose entre dientes.